

Alma NEUMANN, *Always Straight Ahead. A Memoir*. Baton Rouge/Londres, Universidad Estatal de Luisiana, 1993.

La lectura de estas memorias provoca las más diversas reacciones. Presenta contradicciones y preguntas, algunas de las cuales se disuelven a lo largo de la lectura. Una de las primeras preguntas es: ¿justifica el valor literario del libro la edición tan bella, casi de lujo de esta obra? ¿Puede llamarse “obra literaria” lo que tiene que decir un ama de casa que siempre fue acompañante de alguien y que nunca tuvo realmente la intención de escribir esta autobiografía?¹ ¿Cómo puede haber sustancia en el recuento de una existencia humana cuyo afán primordial parece haber sido procurarse una pareja para así obtener seguridad material?

Al sopesar argumentos en favor y en contra de la justificación de esta obra y de emplear el tiempo necesario para leerla, el lector, al terminarla, se percata de que la leyó con asombro, conmoción, pero también con placer y fruición, y que son precisamente las contradicciones inherentes a esta obra las que constituyen su atractivo. Resultan ser la esencia de la condición humana, y, en especial, de la condición femenina. ¿Un hombre también puede valorar esta lectura? Se hizo la prueba con un representante de este género, quien posee un criterio comprobadamente avezado. Llegó a las mismas conclusiones que esta lectora.

Entremos, pues, a descifrar algunas de las contradicciones que esta obra presenta y que se derivan de la persona que relata su vida. La observamos a lo largo de ciento sesenta páginas buscando marido, una pareja, atendiendo luego a dos hijos sumamente problemáticos —y en el epílogo afirma que sus años más felices fueron a partir de los sesenta, habiendo fallecido ya su tercer esposo y también su hijo menor. ¿Se trata de la resignación propia de una persona de avanzada edad? ¿Del arribo al estado sin deseos ni aspiraciones de un Sidartha? La autora lo explica así:

Occasionally I have felt, and remarked, how grateful I am no longer to have to worry about the future, to make important decisions, or to think about what to do with my life, for I have already done it or it has been done to me —does it matter? Of course, I have been fortunate in having no health or money worries, and maybe I am fortunate too in wanting relatively little (p. 160).

¹ La circunstancia de su concepción constituye uno de los elementos más asombrosos y conmovedores de esta obra. Es un recurso literario tan efectivo que el lector duda que verdaderamente fuera el punto de partida para escribir sus memorias, como alega Alma Neumann, o si fue un hábil recurso empleado en la edición por parte de su hijo, el escritor Joel Agee.

La lectora se pregunta si no es posible llegar a este estado de ecuanimidad y satisfacción antes de pasar por todas las congojas y angustias descritas a lo largo del relato. Parece que la ley de la conservación de la especie impulsa a la mujer a perder su identidad y sus mejores años en la búsqueda de la pareja y la preocupación por los hijos. En el caso de Alma Mehlmann, consecutivamente divorciada de Agee, viuda de Uhse, y viuda de Neumann, se trata exactamente de eso. El afán de lucimiento que hasta nuestros días parece el anhelo primordial de la mujer cuando joven, determina su comportamiento y tergiversa su autenticidad —sin que jamás se sepa cuál sería el patrón de comportamiento auténtico porque para éste no hay demanda, mientras que para el comportamiento postizo, el sobrepuesto, sí hay premios, el de la aceptación social y el de la obtención de un marido a la medida de las aspiraciones.

I suspect my own prettiness helped to overcome a heavy sense of inferiority and inadequacy which almost always surfaced in the presence of the Saunderses, and which was surely the cause of the utterly unnatural role I sensed I was called for: an instinctive shaping of myself to represent, as nearly as possible, the girl they either thought I was or wanted me to be. And so I did a good deal of role playing. I rarely felt the enthusiasm I often expressed, and the craving for culture and knowledge I sometimes displayed was more pretended than real (p. 5).

Alma sabe tocar profesionalmente el violín, pero lo hace para conquistar elogios y un lugar importante socialmente; nunca dice que la llena de placer dedicarse intensamente y con talento a la música. Lo mismo ocurre con sus inicios en el oficio de escribir. De su primer artículo periodístico dice:

I have no idea how I managed it, but behind and throughout the effort there was very likely the determination to do well—to excel and receive praise—a characterization I have recognized all my life, one that is likely behind everything I have done (p. 19).

Este hecho debe disgustar al lector o a la lectora. Sin embargo, la absoluta franqueza con la que Alma revela la hipocresía inherente a sus acciones, es uno de los valores más destacados de su modo de narrar. Desarma al crítico más severo.

Esta sinceridad con ella misma parece haberla practicado desde su juventud, porque reconoce cuando actúa mal y con injusticia, por ejem-

plo, cuando da una patada a su perro, ella, que ama entrañablemente a los animales, y cuando golpea a su hijo cuando éste tira accidentalmente unos pedazos de pastel de manzana, manjares únicos e irremplazables en la Alemania de la posguerra. Con breves y simples palabras establece conjeturas bastante sofisticadas sobre los motivos de estas acciones que lamenta sin poder evitarlas. Con eso se establece otra contradicción más en este relato: la ingenuidad y falta de reflexión en sus acciones, por un lado, y el sabio conocimiento de los motivos de las acciones irreflexivas, por el otro.

Una contradicción que no se resuelve a lo largo de la lectura es la que existe entre el título de la autobiografía y las características de la vida relatada.

El título sugiere la presencia de una iniciativa consciente, un espíritu rector detrás de cada paso que conducirá en línea recta hacia una meta propuesta. El patrón de comportamiento de Alma no es así. La mayoría de las acciones que relata son reacciones a impulsos ajenos a ella. Es más, describe sus vanos esfuerzos por estructurar su vida, por darle un rumbo, por lograr una profesión, un modo de ganarse la vida en Nueva York después de un extenso viaje a Europa. El único esfuerzo sistemático lo desarrolla cuando nota que un hombre “siente atracción por ella”. Es cuando emprende una exitosa campaña de auténtica Eva para ganarlo como marido. En el primer caso se trata del escritor estadounidense James Agee, y posteriormente del escritor alemán exiliado en México, Bodo Uhse. Ya que en aquel entonces el joven y brillante James Agee, posteriormente aclamado y laureado por su obra *Let Us Now Praise Famous Men*, estaba casado con una amiga de Alma y era conocido por su intempestuoso e irrefrenable comportamiento, un primo de Alma la previno de la insensatez de entrar en una *liaison* con él. Al terminar ésta, después de varios años, ella describe a este primo el final de su matrimonio con Agee como la caída de la ventana de un rascacielos, pero con una previa gloriosa vuelta hacia arriba. O sea, los episodios de la vida relatada no coinciden con el título del libro: *Always Straight Ahead*.

Como fuga y alejamiento de la debacle que señala el final del matrimonio de Alma con James Agee, una amiga la persuade de acompañarla a México con su pequeño hijo de menos de un año, Joel Agee.

El siguiente paso importante en su vida también es más bien un seguir que un conducir. “I saw Bodo as a way out —and aware of his attraction to me, I was able to fool myself and him into thinking I was in love” (p. 75). El resultado de este doble engaño es una convivencia que ha de durar casi veinte años con momentos gratos y felices —como cuando contem-

plan juntos el Parícutín en plena erupción—, pero también colmada de intolerables situaciones de discordia y distanciamiento que ambas partes tratarán de compensar por medio de sendos amoríos. De éstos, el más profundo y desgarrador es la unión de Bodo Uhse con la bailarina y coreógrafa Waldeen. Alma confiesa que perpetró los suyos con tan grande ligereza y amoralidad que ella misma se sorprende al relatarlos con su usual candor.

Para el público lector en México las descripciones de los años cuarentas en este país, que forman aproximadamente un tercio de la obra, son sumamente reveladoras. Para el lector alemán, lo son aún más, porque ve a sus congéneres a través de los azorados ojos de una joven mujer estadounidense. Por ejemplo, dice de los comunistas alemanes exiliados en México, que formaron el grupo “Alemania libre” al cual pertenecía su futuro esposo Bodo Uhse:

These men and women were schooled and trained in a discipline unknown to Americans, simply because they had suffered under fascism and felt that socialism was the only way to avoid destruction, not only of themselves, but of the world.

I was also impressed by the apparent solidity of their marriages, and noticed that most of the women were exceedingly plain. There was no such solidity in marriages I knew of; besides, I had always thought that women, to be married at all, must be reasonably attractive.

El contraste entre su candor y su sentido crítico da a las observaciones de Alma Neumann una singular polaridad. Capta con una breve mirada los aspectos esenciales de los grupos que observa, ya sean los mencionados exiliados alemanes, ya sean diferentes segmentos de la población mexicana, o sus propios coterráneos: turistas y residentes estadounidenses en México. De estos últimos sobresale su relato de una cierta Dorothy en Cuernavaca que interrumpe su vida ociosa y carente de sentido, siempre al borde del alcoholismo, con el cuidado que prodiga a una indígena de dieciocho años al ofrecerle todos los lujos imaginables para el alumbramiento de su tercer hijo, mientras que el marido de la joven, ajeno a todo, amante de Dorothy, sigue su ocupación habitual de tocar la guitarra para los turistas en la plaza. La descripción de este episodio grotesco, con todos los valores sociales desquiciados, es uno de los puntos cumbres en el arte de narrar de Alma Neumann. Las circunstancias descritas cautivan al lector de la misma manera como los pasajes en que analiza sus propias actitudes y acciones. Se distinguen por una cuidadosa selección de términos y una sintaxis acabada y pulida. No es

posible saber en qué medida Joel Agee, quien editara estas memorias cinco años después de la muerte de su madre (acaecida en 1988), haya depurado su estilo.

Las agudas observaciones de Alma demuestran el constante estado de alerta y vigilia en el que se encuentra. Sabe juzgar sus propios actos al igual que los ajenos. Sin embargo, esto no le impide cometer actos indebidos según las normas sociales que ella misma acepta. No condena a los demás cuando violan estas normas y tampoco se siente culpable cuando ella las transgrede. En este sentido su autobiografía no es una confesión, un *mea culpa*, y menos un “yo acuso”, pero tampoco una justificación de sus actos. Se mantiene en el nivel de un mero cuestionamiento y vago intento de explicar el transcurso de su vida. Esta ausencia de una posición moralizante facilita el acercamiento a la protagonista, si bien su moralidad impide una identificación y asombra cada vez de nuevo.

Los últimos capítulos tienen como escenario la Alemania de la posguerra, la zona de ocupación soviética para ser precisa. La autora confiesa que sigue a su marido a esta tierra “horrenda”, como ya la denominara Tácito, con la plena confianza en su comprobadísima calidad de cumplido cónyuge y padre.

Los relatos de Alma Uhse de la vida en Berlín oriental entre los miembros de la *intelligentsia* germano-democrática, actualmente en la cárcel, muertos o en crisis, revisten hoy un interés especial. El lector puede complementar con ellos la información que ha circulado ampliamente después de la apertura del Muro y de los archivos de la SED, y concluye, satisfecho, que estos fragmentos autobiográficos comprueban lo que siempre ha pensado sobre la RDA.

La autora confiesa en varias ocasiones su inocencia casi total en cuestiones de política, incluso admite que el holocausto, que a ella como judía debería haberla impresionado hondamente, lo veía como un hecho que por su distancia geográfica no le afectaba. A partir de 1948, año de su traslado a Europa, ya no puede desviar su mirada. Pasa por la ciudad de Leningrado, va a conocer la secuela de la guerra y a sus víctimas, por ejemplo, los sobrevivientes del sitio de esta misma ciudad, y al pueblo que lo perpetrara, los alemanes. Su esposo será uno de los funcionarios más altos de jerarquía gubernamental, y ella no puede sino notar la situación conflictiva dentro de la RDA, a pesar de que reside fuera de la ciudad en una situación desahogada, y, como consuelo por un aborto practicado a petición de su marido, disfruta del inaudito lujo de poseer un caballo en aquella sociedad de obreros y campesinos.

Como ya se mencionó en páginas anteriores, la lectura de esta obra resultó grata y enriquecedora a pesar de todas las contradicciones y dudas iniciales. Participa en este hecho el triple escenario descrito: Estados Unidos durante los años veintes y treintas, el México de los años cuarentas y la República Democrática Alemana desde sus inicios hasta su apogeo, 1961, año en que Alma regresa con sus dos hijos a Estados Unidos, donde contrae matrimonio por tercera vez, después de la muerte de Bodo Uhse en 1963.

Para algunos lectores interesados en el triángulo que forman James Agee y su hijo Joel, escritores ambos, y el autor alemán Bodo Uhse, esta autobiografía añade una nueva dimensión: Ya existe la obra de Joel Agee, *Twelve Years. An American Boyhood in East Germany*,² que ilumina desde la perspectiva de un adolescente los mismos años que describe Alma en los últimos capítulos de su autobiografía. Existe, además, el diario publicado de Bodo Uhse,³ que da un tercer enfoque a los mismos eventos. El conjunto forma algo así como un estudio sociopsicológico al estilo de *Los hijos de Sánchez*, de Oscar Lewis. Falta, sin embargo, una voz que ya no puede completar el cuadro, la del segundo hijo de Alma, Stefan Uhse. Su suicidio fue respuesta elocuente a circunstancias más allá de la capacidad humana de resistir y salir ileso. Bodo Uhse se hundió en el alcoholismo que culminó en su prematura muerte en 1963, que Alma calificó también como una especie de suicidio.⁴ Joel Agee se está liberando de sus experiencias traumáticas por medio de la escritura. Plasmó sus sentimientos acerca del suicidio de su medio hermano en un relato⁵ cuyo tono es un desesperado intento por lograr un distanciamiento de lo inasible que su madre logró en forma tan natural a través de su modo de ser que describe en sus memorias. Este hecho disuelve las contradicciones de la autobiografía de Alma Neumann. Tomar la vida como se presentaba, sin angustiarse por el porvenir ni por lo ya hecho, fue su defensa para sobrevivir. En contraste con su meditabundo esposo e hijo menor, salió incólume, mientras que ellos sucumbieron. Alma tuvo aún la fuerza y la entereza de emprender un nuevo matrimonio, mientras que un paso análogo de Bodo Uhse en Berlín tuvo un desenlace calamitoso. La aparente incongruencia de esta existencia femenina se torna congruente. La memoria de Alma Neumann es un testimonio más para esclarecer

² Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1981.

³ *Reise- und Tagebücher*. Berlín, Aufbau-Verlag, 1981.

⁴ En la correspondencia con Günter Caspar, el editor de Uhse.

⁵ "Succurrere vitae", en *Harper's*, diciembre, 1977.

la condición humana con todas sus falacias y flaquezas, y en especial, en su modalidad femenina inserta en un determinado enjambre social.

Renata von HANFFSTENGEL